

ENRIQUE SEGURA

PINTA A ANTONIO FERRO

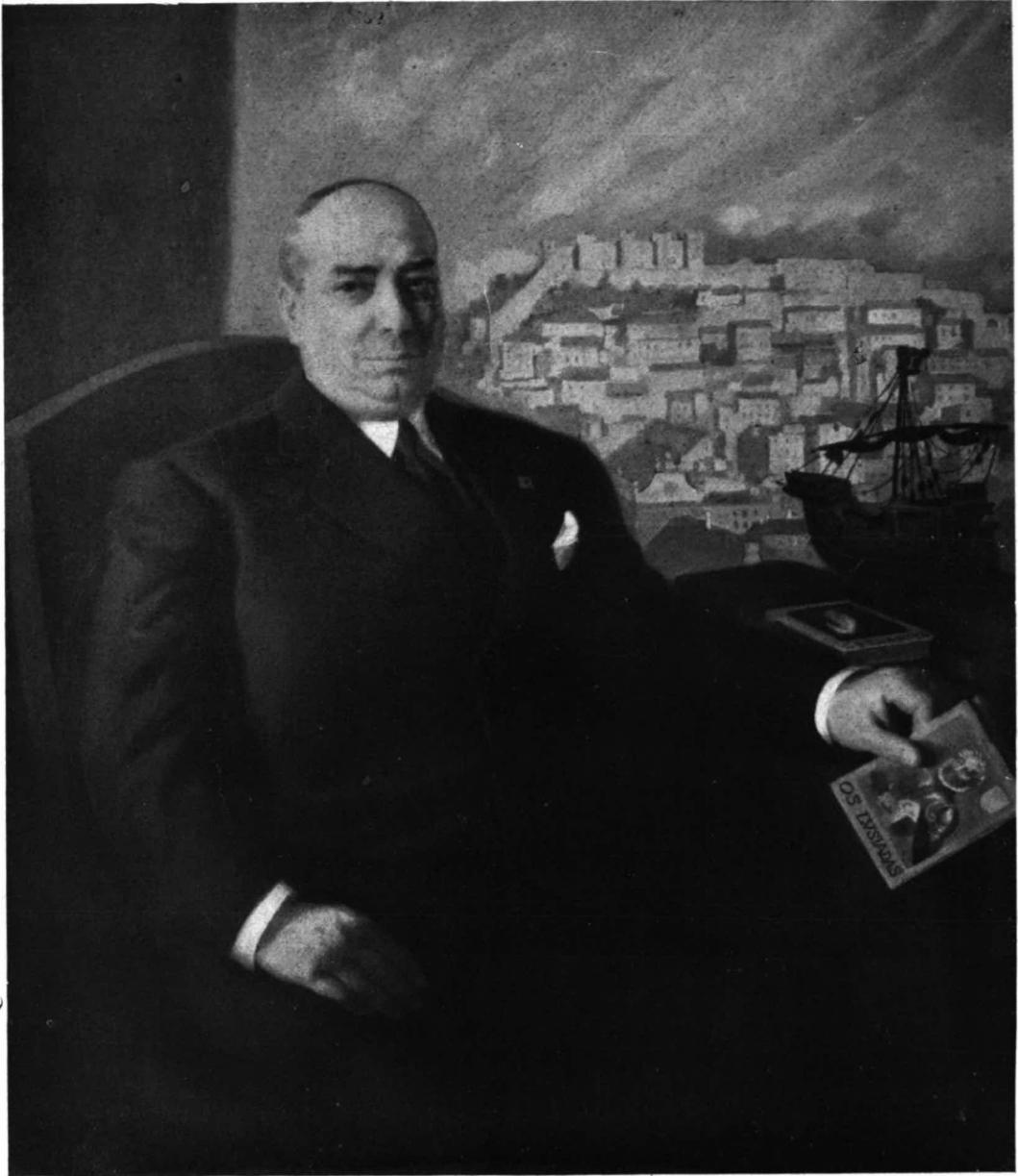
Es deber de profesión crítica situarse las más veces posibles delante de la obra de arte y cerca de ella ser trovador; en mi caso, simple juglar. Este prólogo es ya una posible justificación de mis palabras en este acto importante; aunque pudiera existir otro, como el de haber simulado ser navegante en una nave que el ingenio lusitano construyó para buena recordación de todos en la Exposición del Mundo portugués. Y esa participación engañosa en los descubrimientos habla del buen deseo mío—como de todo español—de estar cerca de la tierra y del mar vecino, que en su magnífica historia es toda ella una obra de arte. Otras razones pudiera encontrar mi anhelo, como el poseer, como piloto de la pintura, muchas horas ganadas en el bello rincón de las Janelas Verdes ante la maravilla que legó a la Humanidad Nuño Gonsalves, o en haber recorrido los itinerarios de Cintra, o pasear bajo los arcos manuelinos de los Jerónimos. Pero estos honrosos títulos son el antecedente para explicar mi presencia ante el cuadro que un artista español ha pintado de un ilustre portugués. Y ello me recuerda que este ir y escribir de la crítica me llevó un día a intentar un estudio entre dos pintores peninsulares: el portugués Sequeira y el español Goya, tan afines en sus vidas y en sus obras, y que acaso no se conocieron sino en la tierra

extraña de París. Y ese trabajo se publicó en la REVISTA NACIONAL DE EDUCACION, que creó, alentada por el Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, el que hoy es Director general de Propaganda, cuyos elogios, por tantos motivos, han hecho los labios portugueses, y que ya entonces, hace cuatro años, ponía en las páginas que dirigía ese acercamiento hacia Portugal, tan bien inspirado por quien rige magníficamente los destinos de nuestra cultura y tan certeramente expresado por sus colaboradores, entre los cuales el Subsecretario, don Jesús Rubio, siguió las directrices, poniendo fe, entusiasmo y amor en tantas ocasiones.

Estamos ante un retrato, que es estar frente a algo que ha de quedar en la herencia de los que nos sucedan. Lo firma Enrique Segura, cuya obra frente a nosotros resume las buenas cualidades que los definidores solicitan al difícil género de llevar al lienzo una fisonomía y un espíritu. No podemos ignorar que los caminos de la Pintura en esta hora del mundo, en que el arte busca puertos para salvar el naufragio, llevan en su mayoría nombres españoles. Y la causa pueda ser que nuestros pintores se olvidaron de muchas cosas menos de una: de pintar. Y cuando el mundo del arte, escarmentado de las huidas y de las fáciles escapadas, propias para confundir a los que ante la plástica equivocan los términos, quiere encontrar la salida que le vuelva al único fin, tiene que acudir a estos pintores, que sabedores de su obligación prefieren hacer la obra del mañana y seguir poniendo peldaños a la historia de nuestra pintura que satisfacer los caprichos eventuales de hoy o las simulaciones de la capacidad. Y por eso el Ministerio de Educación ha elegido a un pintor de acusada significación tradicional —que es decir que se acerca a la pintura por el sitio preciso y más difícil— para que retrate —en un amplio sentido— al representante cultural de la nación hermana, en la seguridad de que el buen trabajo del arte estaría logrado. Y no se equivocó en la elección al elegir a Enrique Segura, que ha tenido todos aquellos atributos que a un artista son necesarios para obtener la fama de cada día: los premios oficiales de nuestra Exposición bienal de Bellas Artes, el reciente del Salón de Otoño y, además, por gracia que

no todos alcanzan, la buena discusión de los que, frente a los cuadros, pasan y repasan... y, gracias a Dios, discuten sobre el arte, que es la discusión que nos reserva la mejor fortuna, y que habla de que honradamente perseguimos con la Belleza un poco de Bien y de Verdad. Un lienzo suyo fué discutido, y hoy forma parte de nuestra pinacoteca moderna...; y ese torneo de palabras sobre los cuadros se ofrece pocas veces, tan pocas, que escasos han sido los artistas que han tenido esa felicidad, y por no citar los de lejano ayer, me referiré sólo a los que hace poco tiempo vivían a nuestro lado, y que el Estado español honra con salas propias, como a Regoyos, Zuluaga y Solana. Estos tres nombres, perdidos en su referencia física y ganados para siempre en su obra, y a los que se puede añadir Sert, fueron en los días que luchaban y enseñaban a los hombres aspectos inéditos de las cosas objeto de sana discusión, que es la que ha tenido también en plena juventud Enrique Segura, cuya fama bien cimentada, la ha ganado en el afán de cada hora, conquistando al tiempo eso tan ansiado que es la gloria. Y el cuadro tiene, además, sobre sus valores de composición, dibujo y color, que no es ocasión de desmenuzar un acento importante, y éste es que el pintor ha puesto en el ambiente que rodea a la figura ese aire dulce que nos conduce a la conclusión de que ha sido pintado en Portugal, a quien muchas veces hemos pensado comparar a un barandal de aires que se asoman al Atlántico para hacer cumplimiento de eco a *Os Lusíadas*. Y así como una caracola marina guarda siempre el ruido que el mar dejó en su seno, así el artista español ha hecho, no sólo el fiel traslado del hombre y de su gran espíritu, sino el traslado de su nacionalidad como el más supremo homenaje que un pintor puede hacer...

El cuadro es demasiado grande (a pesar de su proporción) para intentar la glosa crítica con la extensión que merece, como lo es también la figura del modelo para hacer su elogio. Sólo hemos esbozado el comentario lírico de una pintura excepcional y de valor inapreciable por quien la hizo, por quien representa y, sobre todo, por el símbolo que une y como eslabón que afinaza los amo-



Excmo. Sr. D. ANTONIO FERRO, por Enrique Segura.

res entre dos pueblos, que en la larga lista del amor son los más bellos del mundo. Y este lienzo es una prueba más que con lenguaje espiritual, tan olvidado, se hablan dos naciones que se respetan, se aman y se comprenden, y por eso, justamente por eso, han elegido el arte en el regalo, en la atención y en el recuerdo.

SÁNCHEZ-CAMARGO.